

tir con ellos mi autoridad y que ellos mismos, sabiendo lo que eran, no concibiesen mayores esperanzas que las que yo quisiera darles.» Este lenguaje altanero no es ciertamente el de una «democracia real.» Por otra parte, después de Luis XIV, prodújose una reacción de aristocracia: la Regencia ensayó un gobierno de grandes señores; Luis XV y Luis XVI encomendaron las más altas funciones á prelados y á duques, y en el siglo XVIII vemos que la nobleza acapara los elevados cargos eclesiásticos, los puestos parlamentarios y los grados militares. «Antes de la Revolución — escribe Malouet— la nobleza de cuna proporcionaba, desde hacía algún tiempo, muchas más ventajas que en ninguna otra época.»

El rey comprendió siempre que existía una alianza natural entre él y los dos primeros órdenes. Amaba á su clero porque le sabía fiel y abnegado: «Mi clero me ama,» decía Luis XV; y por otra parte, nunca dejó el rey de decir y de creer que la nobleza era el más firme apoyo de la corona, su «brazo derecho,» y además tenía de común con ella su cualidad de hidalgo, pues el rey es el primer hidalgo de Francia. Las gentes del tercer estado son de otra condición; no pertenecen á la familia, su sangre es de color distinto; por esto el acuerdo del rey y del tercer estado, en los últimos días, no era otra cosa que un recurso táctico, un expediente ministerial. Apenas comenzada la Revolución, después de las circunstancias dramáticas que se suceden, cuando aparece el peligro común, olvidanse los disonancias entre el rey y los privilegiados y se forman dos campos: en el uno, el rey, el alto clero y la nobleza; en el otro, el tercer estado.

Pero esta coalición del rey y de los privilegiados que, en otro tiempo, habría sido formidable, no lo era en 1789, pues los valores de las diversas fuerzas sociales han variado. El tercer estado se ha enriquecido é instruido y se ha organizado en el «partido nacional» y en las ligas de las ciudades, mientras que los otros dos órdenes, por el contrario, están en plena decadencia.

El clero, poderoso todavía por su riqueza, no tiene ya autoridad en la nación. El rey ha dejado que la disciplina eclesiástica se corrompiera, ha colmado de mercedes al clero de corte y tolerado el absentismo de los obispos y el escándalo del fausto de algunos que han comprometido al orden entero; ha ahondado la separación existente entre el alto y el bajo clero negando las dignidades de la Iglesia á quienes no sean de noble cuna; y ha dejado vegetar en la miseria de las porciones congruas, apenas aumentadas *in extremis*, á los párrocos, esos vecinos del pueblo. Y los párrocos se han acordado de su condición miserable, de los rigores de Monseñor, que los encarcelaba, si le placía, por medio de reales órdenes de las que tenía gran provisión en blanco, y de los desdenes de Monseñor á quien inspiraban repulsión su grosería, sus modales y su peste á ajo. En junio de 1789, la secesión del bajo clero fué lo que permitió la transformación de los Estados generales en Asamblea nacional.

La nobleza ha continuado siendo inorgánica. Después de la Revolución, dirá Talleyrand: «En vez de una nobleza, había siete ú ocho: una de espada, una de toga, una de corte y una de provincia; una antigua y una nueva; una alta y una pequeña.» Varias subcastas,

aisladas unas de otras, no constituyen una casta; y existe un abismo entre la alta nobleza de corte, brillante, refinada, rica por sí misma ó por la caridad del rey, y la pequeña nobleza del campo, grosera, indigente, y á menudo dañina, porque también hay en ella gentes sin trabajo y hambrientas.

Es verdad que el orden de la nobleza está representado, en ciertas provincias, en Estados; pero con frecuencia los que la representan son diputados de derecho, no elegidos después de deliberación. Se ha hablado algunas veces de la nobleza de tal ó cual provincia; pero en ninguna parte se ve á esta nobleza organizada, salvo quizás en Bretaña. Los nobles pobres viven en el mayor aislamiento; los ricos ó acomodados se reúnen por el placer de verse juntos. Young vió en 22 de junio de 1789, en el momento en que se iniciaba la gran crisis, una de esas reuniones: «Comieron, bebieron, se pasearon, se divirtieron, sonrieron y charlaron.» Pero no había asambleas regulares y legales en las que el orden se congregara y deliberara sobre sus asuntos. La nobleza diseminada no se hallaba en estado de defenderse si se veía atacada; y atacada se vió en seguida y furiosamente. Después del levantamiento de 1789, Young se asombró de que los nobles «se dejaran asesinar como carneros» y exclamó: «Tiene esto algo de prodigio;» pero reflexionando halló la explicación en ello: «No existe entre ellos asamblea ni asociación;» por esto «sucumben sin resistencia.»

Y sin embargo no faltaba quien encontrase bien ordenada la antigua sociedad que iba á desaparecer; así Seguier, en la solemne sesión parlamentaria en que fueron presentados los edictos de Turgot, admiró que los franceses estuviesen «divididos en tantos cuerpos diferentes cuantos eran los estados del reino» y que estos cuerpos formasen «como los eslabones de una cadena» de la que el rey tenía «en sus manos el primer eslabón.» Pero Turgot oponía á esta teoría de juriconsulto la verdad de las cosas:

«Vuestra nación no tiene constitución; es una sociedad compuesta de diferentes órdenes mal unidos y de un pueblo cuyos miembros no tienen entre sí más que muy pocos vínculos sociales, y en la que, por consiguiente, cada cual se ocupa sólo de su interés exclusivo. Vuestra Majestad se ve obligado á decidirlo todo por sí mismo ó por sus mandatarios, y vuestras especiales órdenes son esperadas para contribuir al bien público, para respetar los derechos ajenos y á veces para ejecutar los propios.»

Otros conceptos parecidos á estos son los siguientes que Vergennes expuso en una memoria á Luis XVI:

«Ya no hay clero, ni nobleza, ni tercer estado en Francia; la distinción es ficticia, puramente representativa y sin autoridad real. El monarca habla; todo el mundo es pueblo y todo el mundo obedece.»

Así se evidencia el error fatal de la política monárquica. «Vuestra Majestad se ve obligado á decidirlo todo por sí mismo.» «Todo el mundo es pueblo y todo el mundo obedece;» pero llegó un día en que el rey ya no supo decidir ni mandar y en que todo el mundo desobedeció en medio de la mayor confusión, precisamente porque todo el mundo era pueblo. Y aquellos de este mismo pueblo que habrían querido defender al rey cuando presintieron el peligro, se encontraron

con que no tenían voluntad ni acción porque el rey les había hecho perder la costumbre de tenerlas. El monarca, por lo mismo que ha destruido toda resistencia á su autoridad, no halla ya fuerza en que apoyarse.

El rey no se verá, pues, eficazmente defendido ni por su clero ni por su nobleza; al contrario, se verá obligado á defenderlos á ellos. ¿Contará para ello con medios bastantes?

No puede contar con su ejército. La nobleza de Perigord, en sus cuadernos, señala «un descontento y un disgusto universales... un desaliento general que invadía á todos los individuos, desde el oficial al soldado.» La nobleza de la Rochela manifiesta al rey «cuán perjudicial para su servicio y para el de la patria y cuán doloroso para una parte de sus súbditos es ver cómo se limita de una manera humillante el ascenso de una clase de excelentes oficiales, denominados oficiales de fortuna;» y se lamenta de «la marcada diferencia entre la gente de corte ó presentada y la nobleza que habita en las provincias» y de las ordenanzas que reducen á ésta última «á la perspectiva del grado de teniente coronel y hacen ilusoria toda esperanza de mayor premio, lo que disgusta á un gran número de oficiales preciosos por sus conocimientos, priva á los regimientos de la clase más interesante de sus jefes y difunde un desaliento general.»

La nobleza de Bouronville formula la misma queja en términos más enérgicos:

«La nobleza de corte es más particularmente llamada al mando de los ejércitos, con menosprecio de los servicios de hidalgos pobres que no pueden hacer los dispendios necesarios para ser presentados é incluidos en la nobleza de corte. La carrera militar se convierte en financiera... Un niño escapado del colegio viene, con un aparato de lujo humillante para los demás, á enseñar á un capitán de granaderos lo que éste había enseñado á su padre. La nobleza suplica á Vuestra Majestad, con lágrimas en los ojos y pena en el corazón, que deje los grados superiores abiertos al mérito.»

Algunos oficiales se marchaban al extranjero en busca de fortuna. En una carta de la *Correspondencia secreta*, fechada en abril de 1777, se lee que «el descontento de nuestros militares» es causa de que muchos oficiales acepten los ofrecimientos que les hacen los agentes de los americanos; y el autor de la carta añade que si Lafayette fué á reunirse con Washington debióse á que se sintió «disgustado por la inexactitud de las promesas de ascenso que le hizo el ministro.» A Lafayette acompañaron cincuenta oficiales.

También son muy vivas las quejas contra el castigo militar y «antinacional» de los sablazos de plano y de los palos. Se ha visto á «una compañía entera de granaderos abrir á viva fuerza las puertas de una plaza fuerte y pasarse al enemigo para substraerse á castigos indignos.» «Muchos coroneles — afirma la nobleza de Montreuil-sur-Mer — son verdugos de hombres y mercaderes de empleos y no tienen más méritos que ser maestros consumados en refinamientos en el arte de degradar á sus semejantes...» Y los jefes superiores insultan á los oficiales «con las frases, más que duras, destructoras del honor nacional,» cuando debieran recordar que hablan «á hidalgos.» Otros cuadernos se quejan de la insuficiencia de las pagas, del retraso con que se satisfacen y

de la miseria del soldado que, unida al horror á los malos tratos, provoca las deserciones.

En 1788 y 1789 ocurrieron sucesos muy significativos: las culatas al aire en el motín de Rennes; las simpatías de un regimiento por los sublevados de Grenoble; los soldados que en los cuarteles y en los campamentos leen periódicos y libelos; los oficiales que en muchos sitios recomiendan á sus hombres que no acuchillen á la multitud. En junio y en julio de 1788, la *Correspondencia secreta* dice que «el espíritu general de que parece animarse la nación ha penetrado hasta en la milicia.» Un regimiento quiere expulsar á uno de sus oficiales por haber dicho que «si el rey le enviaba á algún parlamento, sabría, al frente de su compañía, hacer entrar en razón á aquellas gentes.» Entre las tropas enviadas á Bretaña, «una veintena de oficiales habían presentado su dimisión, dando con ello un ejemplo de gran trascendencia para la autoridad real, para hacer respetar á la cual se les quiere utilizar; y se espera que este ejemplo será seguido por muchos otros.» «Se ha querido enviar el regimiento de Real Piamonte» á Melún, en donde había gran agitación, porque el pequeño baillío de aquella ciudad se había negado á ser convertido en gran baillío; pero el duque de Sully, coronel del mismo, ha declarado que «estando como está dispuesto á derramar su sangre por el rey y por la patria, no se expondrá jamás á verter la de sus conciudadanos,» declaración que le valió el destierro. Pero «estos ejemplos se multiplican,» y cada día se extiende más y adquiere mayor crédito la opinión de que «los soldados franceses no dispararán jamás contra el pueblo.»

Además, ya hemos visto que el ejército no bastaba á contener una agitación que se extendía á todas partes, y que el duque de Cars se vió obligado á fraccionar su brigada en pequeños destacamentos de soldados entre Commercy, en Lorena, y Brive, en Limousin. Y la tropa de policía no podía suplir la insuficiencia del ejército, porque era una tropa muy mediocre, poco respetada, poco temida y demasiado poco numerosa por haber sido reducidos sus efectivos por razones de economía. Algunos cuadernos piden que sea reforzada: en Meaux, quejándose de que allí «donde se emplean veinticinco guardas para velar por la conservación de la caza, no haya más que cuatro jinetes para velar por la seguridad de los ciudadanos,» y en Massy, cerca de París, «hay doscientos hombres para la conservación de los animales y trece jinetes de la tropa de policía.»

El mismo rey está mal guardado. En París, casi no hay tropas: la «Casa» ha sido reducida, primero por el conde de Saint-Germain, ministro de la Guerra, y más adelante, cuando el gobierno se dedicó á buscar economías en todo; y á principios de 1788, seiscientos guardas de corps son «reformados» y los que de ellos quedan son acuartelados en Vincennes. Por esto fué tomada tan fácilmente la Bastilla en 14 de julio y fué tan fácilmente sacado el rey de Versalles en 6 de octubre. Entre las causas tan numerosas y tan diversas de la Revolución (1) debe incluirse, por consiguiente, la penuria

(1) Es imposible abarcar todas estas causas así como calcular su eficacia respectiva. Las hubo muy pequeñas y que, sin embargo, fueron acaso muy eficaces. Young escribe, con fecha de 25 de junio de 1789: «El desorden es tan grande, que la corte no puede contar más que con las tropas; y aun hoy se asegura que si se or-

militar que explica estos accidentes. La señora de Stael ha dicho que la Revolución la hicieron, no los Estados generales, sino las «circunstancias»; en efecto, entre el 13 y el 15 de julio, entre el 4 y el 7 de octubre, la historia caminó deprisa, mucho más deprisa de lo que hubieran querido los constituyentes.

Cuando se llega al final de esta historia de la Francia antigua, es difícil abstraerse á esta pregunta conmovedora: ¿podía evitarse la Revolución? Y al formularla, la imaginación se complace en figurarse el hermoso y tranquilo destino que podrá abrirse ante este gran país, mal gobernado, mal administrado, lleno de miserias, pero lleno también de fuerzas, enérgico, á pesar de tantas dificultades y de tantas penurias, para el trabajo del comercio y de la industria, cuya inteligencia curiosa se interesaba por todos los problemas y cuyo buen sentido, acompañado de un espíritu de justicia, preparaba la adhesión de todos á las reformas necesarias, y que, en fin, entusiasmado de esperanzas, sentía la alegría de un próximo renacimiento y saludaba á «la aurora radiante.»

Imaginémonos un rey que comprende todo el estado de las cosas en su exacta realidad, no sólo resignado, sino resuelto á los sacrificios necesarios, que mide estos sacrificios con la debida proporción, que declara su voluntad, que inspira confianza en su honradez, inquebrantablemente firme, duro, á ser preciso, pero al mismo tiempo hábil, de carácter festivo y francés, que en cada circunstancia encuentra la frase y el ademán adecuados, que inspira respeto, temor y amor. Este rey abre los Estados generales, expone un programa, obtiene concesiones de los privilegiados, calma las impacencias de los que reclaman más y si estalla una sedición acude á sofocarla. Si el 14 de julio, en el arrabal de San Antonio hubiese corrido la noticia de «¿Qué viene el rey!», ¿qué amotinado habría conservado las armas (1)? Dueño de París, reprime las sublevaciones

dena á los Guardias Franceses que disparen contra el pueblo, se negarán á obedecer: esto asombra á todo el mundo, excepto á los que saben cuán descontentos están estos soldados del trato, de la conducta y de los manejos del Sr. Duchatelet, su coronel; tan mal administrados han sido los asuntos de la corte en todos sentidos; tan miserable es la elección de los que ocupan puestos de gobierno, aun de aquellos de quienes depende su seguridad inmediata y hasta su existencia. Si los soldados de Guardias Franceses hubiesen tenido otro coronel ¿se habrían unido á los sublevados el día 14 de julio?

(1) Enrique IV y Luis XIII fueron soldados. Enrique IV declaró un día á su Parlamento que, habiendo saltado por encima de las murallas, sabría saltar por encima de las barricadas. Luis XIV amó la milicia á su manera y á ella dedicóse con paciencia y gustoso. Luis XV detestó la guerra, á pesar de que de guerra estuvo lleno su reinado. Después de la batalla de Lawfeld, dícele á un oficial inglés prisionero: «¿No sería mejor pensar seriamente

de las provincias, y en el entretanto los Estados funcionan tranquilamente, los tres órdenes consienten el impuesto, se anulan privilegios y reforman abusos. Todo esto se despacha en una sola legislatura y habiendo el rey prometido la periodicidad de los Estados, cada legislatura nueva realizará su cometido. Y Francia proseguirá su camino hacia el porvenir.

Pero un rey así habría sido una rara maravilla. Habría necesitado algo más que una voluntad humana para dominar los sentimientos hereditarios formados y alimentados durante los ocho siglos que habían transformado al jefe feudal que peleaba en las afueras de París en monarca absoluto y soberbio de un reino tan hermoso. Y aun en el caso de haber existido un rey así, ¿habría podido realizar una tarea tan penosa? Lo que era posible á la muerte de Luis XIV, ¿lo era también al morir Luis XV? ¿No había llegado, por ventura, ese momento que se denomina «demasiado tarde?» Nadie puede contestar con seguridad á estas preguntas.

A aquel rey imaginario, es opuesto en todo el rey que nos ofrece la realidad. La buena voluntad de Luis XVI era vaga y débil. En algunas ocasiones se afligía; notábase en él «una melancolía que nada puede distraer,» y á veces se le sorprendía «llorando.» Cuéntase que dijo á Malesherbes, cuando éste abandonó el ministerio. «¡Qué feliz sois! ¡Oh, si yo pudiera también dejar mi puesto!» á Brienne: «Mi destino es llevar la desgracia,» y á Nécker, en el momento de llamarlo de nuevo al ministerio: «¡Cuántos años hace que no he tenido uno de felicidad!» Pero luego volvía á caer en su apatía ininteligente. Mal aconsejado por la reina, que era una consejera peligrosa; por la corte, que se siente amenazada de ruina; por ministros mediocres, que se valen de pequeñeces y de astucias, y sin encontrar en sí mismo recursos propios, se portó con los Estados como se había portado con el Parlamento: habló con arrogancia, amenazó, cedió, quiso volver á ser enérgico, luego intentó abstraerse y al fin pidió á los extranjeros que salvaran la monarquía y se perdió con ésta.

Fué la víctima deplorable de un largo pasado de imprevisión no interrumpida. La antigua monarquía supo hacerse obedecer; mas como se dice con razón que gobernar es prever, no supo gobernar: ella es la autora responsable de la Revolución. «Es imposible—había dicho Bossuet á Luis XIV en 1765—que tan grandes males, capaces de hundir el Estado, no tengan remedio; de lo contrario, todo estaría irremisiblemente perdido.» Ha transcurrido más de un siglo y el remedio no se ha encontrado; los males se sienten más intensamente que nunca y van á «hundir el Estado.»

en la paz que hacer perecer á tantos valientes?» Las visitas á los campos de batalla le inspiran horror. En cuanto á Luis XVI, no se le concibe dando una carga al frente de un escuadrón.

FIN DEL TOMO CUARTO (SEGUNDA PARTE)

## INDICE DEL TOMO CUARTO (SEGUNDA PARTE)

### EL REINADO DE LUIS XV (1715-1774)

|  | Páginas |  | Páginas |  |  |
|--|---------|--|---------|--|--|
| <b>LIBRO PRIMERO</b>   |         |  |         |  |  |
| <b>LA REGENCIA Y EL MINISTERIO DEL DUQUE DE BORBÓN</b>   |         |  |         |  |  |
| CAPÍTULO PRIMERO. — <i>El gobierno deliberativo de los consejeros.</i> — I. — El testamento de Luis XIV. . . . .               | 1       | CAPÍTULO II. — <i>La corte, la familia real y las primeras queridas. Los ministros y el rey.</i> — I. — La familia real: el rey, la reina, el delfín, las princesas, los príncipes. . . . .                          | 59      |  |  |
| II. — Organización de los consejos (1715). . . . .   | 2       | II. — Las primeras queridas; señoras de Mailly, de Vintimille y de Chateauroux. . . . .  | 62      |  |  |
| III. — La obra de los consejos, el Consejo de Hacienda y el duque de Noailles. . . . .   | 4       | CAPÍTULO III. — <i>La política y la guerra desde la muerte de Fleury hasta la paz de Aquisgrán (1743-1748).</i> — I. — La política y la guerra continental; el marqués de Argensón y el mariscal de Sajonia. . . . . | 64      |  |  |
| IV. — Decadencia del Parlamento de París (1718). . . . .   | 7       | II. — La guerra marítima: el conde de Maurepás, La Bourdonnais y Dupleix. . . . .  | 69      |  |  |
| V. — Desaparición de los consejos (1718-1720). . . . .   | 8       | III. — La paz de Aquisgrán y la opinión pública en Francia (1748). . . . .   | 74      |  |  |
| CAPÍTULO II. — <i>El sistema de Law.</i> — I. — Los antecedentes de Law. . . . .   | 9       | CAPÍTULO IV. — <i>La vida intelectual desde la Regencia hasta mediados del siglo.</i> — I. — Las ideas filosóficas y políticas. . . . .  | 75      |  |  |
| II. — El Banco general y la Compañía de Occidente (1716-1719). . . . .   | 11      | II. — Las ciencias. . . . .  | 79      |  |  |
| III. — El Banco Real (1718-1720), la Compañía de las Indias y su fusión con el Banco (1719-1720). . . . .                      | 12      | III. — La erudición. . . . .   | 81      |  |  |
| IV. — Violencia de Law y fin del Sistema. . . . .  | 15      | IV. — Las letras. Poesía. Prosa. Teatro. . . . .   | 84      |  |  |
| V. — Resultados del Sistema. . . . .   | 17      | V. — Las artes. . . . .  | 88      |  |  |
| VI. — La liquidación por el Refrendo (1721-1722). . . . .  | 19      | VI. — Los salones. . . . .   | 95      |  |  |
| CAPÍTULO III. — <i>El abate Dubois.</i> — I. — La personalidad de Dubois. . . . .  | 20      | <b>LIBRO TERCERO</b>   |         |  |  |
| II. — La Triple Alianza (1716-1717). . . . .   | 21      | <b>LA ÉPOCA DE LA SEÑORA DE POMPADOUR, DE MACHAULT Y DEL DUQUE DE CHOISEUL</b>   |         |  |  |
| III. — La Cuádruple Alianza y las dos conspiraciones de la duquesa del Maine y de los bretones (1717-1720). . . . .            | 23      | CAPÍTULO PRIMERO. — <i>La historia interior desde 1745 á 1768.</i> — I. — La señora de Pompadour. . . . .  | 98      |  |  |
| IV. — Aproximación de Francia y España (1722). . . . .   | 26      | II. — El conde de Argensón. . . . .  | 101     |  |  |
| V. — La política molinista de Dubois (1720-1721). . . . .  | 27      | III. — La administración financiera de Machault (1745-1754). . . . .   | 103     |  |  |
| VI. — Fin de Dubois y del duque de Orleans (1723). . . . .   | 29      | IV. — Las cédulas de confesión y la denegación de los sacramentos (1751-1758). . . . .   | 106     |  |  |
| CAPÍTULO IV. — <i>La corte, las costumbres, el arte y la moda durante la Regencia.</i> — I. La corte y las costumbres. . . . . | 29      | V. — El atentado de Damiéns y la desgracia de Machault y del conde de Argensón. . . . .  | 110     |  |  |
| II. — Las artes y las modas. . . . .   | 33      | CAPÍTULO II. — <i>La guerra de Siete Años</i> — I. — El trastorno de las alianzas. . . . .   | 110     |  |  |
| CAPÍTULO V. — <i>El ministerio del duque de Borbón (1723-1726)</i> — I. — El señor Duque y la señora de Prie. . . . .          | 35      | II. — Las operaciones continentales de la guerra de Siete Años; comienzos de Choiseul (1756-1763). . . . .   | 117     |  |  |
| II. — La administración de París Du Verney. . . . .  | 36      | III. — Las operaciones marítimas y coloniales; Montcalm y Lally-Tollendal (1756-1763). . . . .   | 122     |  |  |
| III. — La declaración de 1724 contra los protestantes. . . . .   | 38      | IV. — El tratado de París. . . . .   | 128     |  |  |
| IV. — La política exterior del ministerio Borbón; el casamiento del rey. . . . .   | 39      | CAPÍTULO III. — <i>La propaganda filosófica.</i> — I. — Formación del partido filosófico. La Enciclopedia. . . . .   | 129     |  |  |
| V. — La desgracia del señor Duque (1726). . . . .  | 41      | II. — El patriarca de Ferney. . . . .  | 134     |  |  |
| <b>LIBRO SEGUNDO</b>   |         |  |         |  |  |
| <b>LA ÉPOCA DE FLEURY Y DE LA SUCESIÓN DE AUSTRIA</b>  |         |  |         |  |  |
| CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Del ministerio de Fleury (1726-1743).</i> — I. — Carácter de Fleury. . . . .                            | 42      | III. — Rousseau. . . . .   | 138     |  |  |
| II. — La administración financiera y económica; Le Pelletier des Forts (1726-1730) y Orry (1730-1745). . . . .                 | 43      | CAPÍTULO IV. — <i>La «destrucción» de los jesuitas; la persecución de los protestantes; los procesos Calás, Sirvén, La Barre.</i> — I. — La destrucción de los jesuitas; la reforma de los colegios. . . . .         | 144     |  |  |
| III. — Las cuestiones religiosas: el jansenismo y los parlamentos. . . . .   | 49      |  |         |  |  |
| IV. — La política exterior y la guerra. Sucesión de Polonia y sucesión de Austria (1726-1743). . . . .                         | 52      |  |         |  |  |
| V. — Muerte de Fleury. . . . .   | 58      |  |         |  |  |